

EPÍLOGO

Resta solo, a manera de epílogo, intentar unas conclusiones que engloben el escenario de la lucha, la actuación de los distintos factores y mi opinión sobre el futuro de la Revolución Congolese.

Haré hincapié en la zona que constituía el Frente Oriental por ser la que conocí y para no generalizar una experiencia en un país de características tan disímiles como el Congo.

El escenario geográfico en que nos tocó vivir está caracterizado por la gran depresión que llena el Lago Tanganyika, de unos 35 000 kilómetros cuadrados de superficie y una anchura media de 50 kilómetros, aproximadamente. Es el que separa Tanzania y Burundi del territorio del Congo; a cada lado de la depresión hay una cadena montañosa, una pertenece a Tanzania-Burundi, la otra es la del Congo. Esta última, de una altura media sobre el nivel del mar de unos 1 500 metros (el lago está a 700 metros), se extiende desde las proximidades de Albertville al sur, ocupa todo el escenario de la lucha y se pierde más allá de Bukavu, al norte, al parecer, en colinas descendentes sobre las selvas tropicales. La anchura del sistema varía pero podemos estimar para la zona unos 20 a 30 kilómetros como promedio; hay dos cadenas más altas, escarpadas y boscosas, una al este y otra al oeste, encuadrando entre ellas una altiplanicie ondulada, apta para la agricultura en sus valles y para la cría de reses, ocupación que efectuaban preferentemente los pastores de las tribus ruandesas, que tradicionalmente se han dedicado a la cría del ganado vacuno. Al oeste, cae a pico la montaña sobre una planicie de una altura aproximada a 700 metros sobre el nivel del mar, que pertenece a la cuenca del río Congo. Es del tipo de sabana, con árboles tropicales, yerbazales y algunos prados naturales que rompen la continuidad del monte; tampoco es un monte firme el cercano a las montañas, pero al internarse con rumbo oeste, zona de Kabambare, es de características completamente tropicales, cerrado.

Las montañas emergen desde el lago y dan una característica muy accidentada a todo el terreno; hay pequeñas planicies propicias al desembarco y la estancia de tropas invasoras, pero muy difíciles de defender si no se toman las elevaciones adyacentes. Las vías de comunicación terrestre acaban, por el sur, en Kabimba, donde estaba una de nuestras posiciones, por el oeste contornean las montañas mediante la ruta de Albertville, Lulimba-Fizi y de este último punto sale hacia Bukavu, por Mwenga, un ramal y otro por la costa pasando por Baraka y Uvira para llegar a aquel punto. Desde Lulimba, el camino penetra en la montaña, escenario conveniente para la guerra de emboscadas, como lo es también, aunque en menor medida, la parte que atraviesa la llanura de la cuenca del río Congo.

Las lluvias son muy frecuentes, diarias, en el período de octubre a mayo y casi nulas en el que media entre junio y septiembre, aunque en este último mes comienzan las precipitaciones aisladas. En las montañas siempre llueve, pero con poca frecuencia, en los meses de seca. En la planicie hay caza abundante de animales del tipo de los venados; en las montañas se puede cazar búfalos, no muy abundantes, elefantes y monos, estos últimos en gran cantidad. La de mono es una carne comestible, más o menos agradable; el elefante tiene una carne gomosa, dura, pero sazónada por el hambre se come bien. Los frutos fundamentales son la yuca y el maíz, que constituyen la base de la alimentación vegetal, y de las palmas se extrae el aceite. Hay mucho chivo y se crían aves de corral; en algunos pocos lugares, puercos. Con algunas dificultades, tropas guerrilleras que no posean base de operaciones pueden alimentarse en la zona.

Al norte de Baraka-Fizi hay una mayor variedad de cultivos y un poco al norte de Uvira un central azucarero. En la zona de Kabambare-Kasengo, se cultiva mucho arroz y maní; antes, también el algodón, pero en esta época estaba prácticamente suprimido como cultivo; desconozco cuál sería el tipo de explotación de este vegetal en la fase agrícola, pero su aprovechamiento era capitalista, con desmontadoras modernas instaladas en centros estratégicos por compañías extranjeras.

El lago es rico en peces pero en la última época no se pescaba casi debido a la aviación por el día y a las incursiones de las lanchas de la dictadura por las noches.

Para su análisis, podemos dividir el escenario humano de esta contienda, del lado de las fuerzas revolucionarias, en tres grupos: campesinos, jefes y soldados.

Los campesinos están agrupados en distintas tribus, de las cuales hay una gran variedad en la zona. Si se observa el informe que da el ejército enemigo en su plan general de ataque, se nota que, en cada caso, especifica la tribu a que pertenecen los hombres de la región, dato importante para el trabajo político. Las relaciones entre ellos suelen ser cordiales, pero nunca son de una hermandad absoluta y entre algunos grupos tribales hay rivalidades serias. Entre los ruandeses y el resto de las tribus congoleñas se puede observar este fenómeno, pero también se observa con caracteres nítidos entre las tribus pertenecientes al área étnica de Nor-Katanga, que ocupaban la parte sur de nuestro territorio guerrillero, y las tribus que pertenecen al área étnica de la provincia de Kivu, que ocupaban la parte norte, las cuales tenían sus representantes más conspicuos en Kabila por un lado y Soumialot por el otro.

Los campesinos plantean ante nosotros uno de los problemas más difíciles y apasionantes de la guerra del pueblo. En todas las guerras de liberación de este tipo se observa, como característica fundamental en ella, el hambre de tierra, la gran miseria del campesinado explotado por latifundistas, señores feudales y, en algunos casos, por compañías de tipo capitalista; en el Congo no se da este fenómeno, al menos en nuestro escenario y es probable que tampoco en la mayor parte del país; tiene solamente unos 14 millones de habitantes distribuidos en más de 2 millones de kilómetros cuadrados, es decir, una densidad mínima, y tierras muy fértiles. En el Frente Oriental no se aprecia el hambre de tierra, no hay cercados individuales y, en los lugares cultivados, una simple convención garantiza que el fruto pertenezca al cultivador.

No se practica la defensa de la propiedad contra intrusos; solamente en las hortalizas se hacen pequeñas defensas para guardarlas de los chivos y otros animales dañinos. El concepto de propiedad sobre la tierra, en todas las zonas que visitamos, es prácticamente inexistente y las inmensas extensiones que abarca la cuenca del Congo ofrecen la oportunidad, a quien quiera ir a trabajar, de apropiarse del terreno sin mayores requisitos. Tengo entendido que en la parte norte, en la zona de Bukavu, el feudalismo está

mucho más desarrollado y hay verdaderos señores feudales con sus siervos, pero en la parte montañosa, donde morábamos, la independencia del campesino es completa y no se da este fenómeno.

¿Cómo se podrá calificar el grado de desarrollo de estas tribus? Habría que hacer un estudio mucho más profundo que el que tuvimos oportunidad de realizar, con muchos más datos, y dividir las en subregiones porque, evidentemente, cada una responde a condiciones especiales, históricas y sociales que hacen variar mucho su desarrollo. En los grupos nómadas se dan, creo, rasgos de comunismo primitivo; al mismo tiempo existen trazas de esclavismo que se nota sobre todo en el tratamiento a la mujer, aunque no pudimos observarlo con respecto al hombre. La mujer es una mercancía, un objeto de compra y venta, y su posesión individual no está limitada en esa zona por ninguna ley ni convención; la capacidad económica de cada uno determina el número que puede tener. Una vez comprada, pasa a ser propiedad absoluta del dueño, del marido, que, en general, no trabaja o trabaja muy poco en las labores de la vivienda y del cultivo de la tierra; solo realiza algunas tareas como la caza, pero también acompañado por mujeres que participan activamente en la misma. Ella es la encargada de labrar la tierra, de transportar los frutos, de hacer la comida, velar los niños; es un verdadero animal doméstico. El feudalismo, como ya dije, se observa en las zonas norteñas del sector, no en esta, donde no existe dominio sobre la tierra. El capitalismo actúa en una forma superficial, sin dominar en la esencia el panorama, a través de pequeños comerciantes instalados en la periferia y con la introducción de lo que pudiéramos llamar, siguiendo a los norteamericanos, el efecto demostración, con algunos artículos utilizados por los campesinos; por ejemplo, la olla de aluminio reemplaza aceleradamente a la de barro, la lanza de manufactura industrial a la lanza casera o de forjadores de la zona, algunos paños y vestidos modernos son utilizados por los campesinos y se ven radios en las casas de más posibilidades económicas. Es el intercambio de productos de la tierra o de la caza el que permite al campesino adquirir artículos industriales.

En alguna época anterior trabajaban como obreros o, simplemente, a través de intermediarios, en la extracción del oro en los ríos que descienden de la montaña hasta la cuenca del río Congo. Se observan las trincheras realizadas a este efecto, pero las labores estaban abandonadas. Algunos cul-

tivos, como el algodón, reciben el tratamiento capitalista en cuanto a su aprovechamiento mediante el desmotado y empacado por medio de máquinas modernas. No hay en la zona textiles, las que se encuentran en Albertville; no hay obreros industriales (salvo los del central cuyo *status* desconozco) y, no vi muestras de trabajo asalariado; el campesino daba su trabajo al ejército y el resto del tiempo lo dedicaba a mantenerse mediante la caza, la pesca o la agricultura; los sobrantes se venden por dinero. Se acepta el dinero congolés, que es medida de valor, pero no penetra en las profundidades de las relaciones de producción.

El imperialismo da solo esporádicas señales de vida en la zona; su interés en el Congo se basa fundamentalmente en las grandes reservas de minerales estratégicos de Katanga, donde existe un proletariado industrial; en las reservas diamantíferas de Katanga y de Kasai; en yacimientos de estaño ubicados cerca de nuestra región, pero no específicamente en ella. Como cultivos agrícolas, el algodón, el maní y hasta cierto punto el aprovechamiento de la palma para la extracción del aceite, pero con una recolección y un intercambio que se hacen también con relaciones primitivas.

¿Qué podía ofrecer el Ejército de Liberación a ese campesinado? Es la pregunta que siempre nos inquietó. No podíamos hablar aquí de Reforma Agraria, de propiedad sobre la tierra porque esta estaba allí, a la vista de todos; no podíamos hablar de créditos para entregar útiles de labranza, porque los campesinos comían de lo que labraban con sus instrumentos primitivos y las condiciones físicas de la región no se prestan tampoco a ello; habría que buscar métodos para introducir la necesidad de adquirir artículos de la gran industria que, evidentemente, los campesinos estaban dispuestos a aceptar y a pagar por ellos, lo que traería la necesidad de un intercambio mercantil más acusado, pero, en las condiciones en que se desarrolló la lucha, no podíamos pensar en eso.

Debíamos insistir en la explicación de la explotación de que eran objeto, pero, ¿cómo se ejerce esta en su apariencia externa? Lo visible es el maltrato de la población; se puede demostrar que en las zonas ocupadas por el ejército enemigo se multiplican las violaciones de mujeres, asesinatos de hombres, mujeres y niños, se obliga a entregar comida y prestar otros servicios por la fuerza. Lo fundamental es la negación del individuo humano que llega hasta su eliminación física, ya que ese ejército, como cuerpo moderno, tenía su

logística organizada, previendo la escasez de abastecimientos o la enemistad de los pobladores. Por otro lado, ¿qué ofrecer? Protección, hemos visto en el transcurso de esta historia que se brindó muy poca. Educación, que hubiera sido un gran vehículo de comunión, no se ofrecía ninguna. Servicios médicos, solamente los de los pocos cubanos, con escasas medicinas y con un sistema bastante primitivo de administración, sin organización de sanidad. Creo que exige una labor de investigación y de pensamiento más profundo este problema de táctica revolucionaria que plantea la no existencia de relaciones de producción que hagan del campesino un hambriento de tierra. El campesinado es el principal estrato social de esta zona; no hay proletariado industrial y la pequeña burguesía de intermediarios está poco desarrollada.

¿Qué tipo de jefes ha tenido la Revolución? Podemos dividirlos, para su descripción, en los de carácter nacional y de carácter local. Los jefes que me ha sido permitido conocer como de carácter nacional son Kabila y Massengo, en primer lugar. Kabila es sin duda el único de ellos que une a un cerebro claro, a una capacidad de raciocinio desarrollada, una personalidad de dirigente; se impone por su presencia, es capaz de obligar a la lealtad, al menos a la sumisión, es hábil en su trato directo con la población (muy escaso, por cierto); en suma, un dirigente capaz de movilizar las masas. Massengo es un individuo de muy poco carácter, sin conocimiento del arte de la guerra ni capacidad organizativa, que fue superado totalmente por los acontecimientos. Presentó una característica distintiva; su extraordinaria lealtad a Kabila y mostró deseos de continuar la lucha más allá de lo previsto, aun contra la opinión de una gran cantidad de sus allegados. Sería injusto pedirle más; hizo lo que su capacidad le permitía.

Entre todos los jefes de distintas secciones del Estado Mayor y los llamados jefes de brigadas, no se puede mencionar ninguno que reúna condiciones de dirigente nacional. El único que pudiera desarrollarse en el futuro es el compañero Muyumba, que todavía está en el interior del Congo, no sabemos en qué situación. Es un hombre joven, serio, al parecer inteligente, decidido, hasta el momento y el punto en que lo pudimos observar, pero de quien no se puede decir nada más.

De los dirigentes nacionales del Congo, la gran incógnita es Mulele, casi un fantasma; no ha sido visto nunca en reuniones, no ha salido de su zona luego de iniciada la lucha. Hay muchos indicios de que se trata de un hombre

de categoría superior, pero sus enviados, o los que dicen ser sus enviados, presentan todas las características negativas de sus iguales, los miembros de las distintas comisiones y sectores del Movimiento de Liberación, que deambulan por el mundo cometiendo la estafa de la Revolución.

Entre los hombres que han logrado algún prestigio en estos últimos tiempos está el general Olenga, cuya historia he narrado por boca de otro en estos relatos y que ha demostrado, independientemente de que sea verdad o no esa relación, su incapacidad para hacer ningún sacrificio, viviendo durante meses, que se van convirtiendo en años, del mito de la Revolución, como general en el exilio. Los otros lo hacen como dirigentes políticos, pero este es un general que dirige sus operaciones por control telepático desde El Cairo o alguna capital de ese tipo.

Otro es Soumialot, que considero es un individuo útil como dirigente medio de la Revolución. Bien orientado y controlado podía haber rendido alguna labor, como Presidente del Consejo Supremo de la Revolución, su gran tarea es viajar, vivir bien, dar conferencias de prensa sensacionales y nada más. Carece de toda capacidad organizativa. Sus luchas con Kabila en las que se emplearon de parte y parte multitud de artimañas, contribuyeron como lo que más al fracaso momentáneo de la insurrección.

De Gbenyé no vale la pena hablar; es simplemente un agente de la contrarrevolución.

Pudiera ser que surgieran algunos jóvenes que aunaran condiciones de dirigentes con un verdadero espíritu revolucionario, pero no los he conocido o no lo han demostrado hasta ahora. Los jefes locales son de dos categorías: de agrupaciones militares y dirigentes campesinos. Los jefes militares han sido nombrados por los métodos más arbitrarios, sin preparación de ningún tipo, teórica, intelectual, militar, organizativa. Su único mérito es ejercer alguna influencia sobre las tribus de la región en que habitan, pero se pueden suprimir de un plumazo sin pérdida para la Revolución.

Los jefes campesinos locales son los *kapitas* y presidentes, están nombrados por la antigua administración de Lumumba o por sus continuadores y quieren ser el germen de un poder civil pero, frente a la realidad de la presencia tribal, se eligió el camino cómodo de hacer presidentes y *kapitas* a los jefes tradicionales de la tribu. No son más que caciques disfrazados, entre los cuales hay buenos y malos, más o menos progresistas, más o menos

conscientes del sentido de la Revolución, pero no han alcanzado un desarrollo político ni siquiera mediano. Controlan un grupo de campesinos y son encargados de conseguir alimentos para una tropa en tránsito, cargadores para trasladar algo, ocuparse del abastecimiento de algún grupo instalado en las cercanías, ayudar a la construcción de viviendas, etcétera. Fueron intermediarios útiles para solucionar este tipo de problema, pero no hacen ni la sombra de un trabajo político.

Las tropas tenían su comisario político, título que han copiado de las versiones socialistas de un ejército de liberación o un ejército popular. Quien haya leído las narraciones de la labor de los comisarios en todas las guerras de liberación o se entere, por los relatos, del heroísmo y del espíritu de sacrificio de estos compañeros, no podría reconocerlos en el Congo. El comisario político se elige entre hombres que han tenido alguna educación —casi siempre conocen el francés—, pertenecientes a familias de la pequeña burguesía urbana; desarrollaban un tipo de labor semejante a la de magnavoces esporádicos; en un momento dado se reunía la tropa y el comisario era el encargado de lanzar su «descarga» sobre problemas concretos, luego esta quedaba librada a sus propios medios para seguir las orientaciones verbales. Ni estos ni los jefes, salvo honrosas excepciones, participaban directamente en los combates; cuidaban su pellejo, tenían mejor alimentación y vestido que el resto de la tropa y gozaban de frecuentes vacaciones, yendo a emborracharse a los poblados cercanos con el nefasto *pombe*. El comisario político, en las condiciones en que se realiza esa tarea en el Congo, es un verdadero chulo de la Revolución y también puede ser suprimido sin perjuicio ninguno, aunque lo correcto sería desarrollar verdaderos revolucionarios para ocupar ese cargo, importantísimo para un ejército popular.⁶³

Los soldados son de extracción campesina, sin ningún desarrollo, captados con la idea de tener un uniforme, un arma, a veces hasta zapatos, y cierta autoridad sobre la región. Pervertidos por la inacción y los hábitos de ordeno y mando sobre el campesinado, saturados de concepciones fetichistas sobre la muerte y sobre el enemigo, sin ninguna educación política organizada; por ende, sin conciencia revolucionaria, sin proyección hacia el futuro, sin otro horizonte que el abarcado tradicionalmente como territorio de su tribu. Indisciplinado, haragán, sin espíritu de lucha ni espíritu de

sacrificio, sin confianza en sus jefes (que solo pueden ser ejemplo en la obtención de mujeres, *pombe* o alguna comida, en fin, pequeñas prebendas), sin el ejercicio constante de la lucha que le permitiera desarrollarse, aunque más no fuera como matador de hombres, sin entrenamiento de ningún tipo, ya que no se realizaron durante toda nuestra estancia, sino ejercicios de orden cerrado. Con todas esas características, el soldado revolucionario congolés es el más pobre exponente de luchador que he tenido la oportunidad de conocer hasta ahora.

Contando con todo el apoyo de los jefes, hacer de ese individuo un soldado revolucionario hubiera sido tarea gigantesca; dadas la nulidad del mando superior y la obstrucción de los jefes locales, se convirtió en la más ingrata de todas nuestras funciones y fracasamos rotundamente en el esfuerzo.

Entre los comisarios políticos y algunos instructores de armas especiales, se daba mucho el estudiante que había llegado de algún país socialista, donde cursaba estudios de seis meses. Las promociones más abundantes venían de Bulgaria, Unión Soviética y China. No se podía hacer maravillas con esos hombres; la selección previa había sido muy mala y era un caso de lotería encontrar allí verdaderos revolucionarios u hombres probados en la lucha, al menos. Trajeron una gran dosis de suficiencia, un concepto muy desarrollado de la obligación personal de cuidar el cuadro (ellos mismos) y la idea claramente expresada en sus actos y demandas de que la Revolución les debía mucho por el hecho de haber estudiado esa temporada en el extranjero y tendría que pagárselo en alguna forma, ahora que venían a hacer el sacrificio de estar junto a sus compañeros. No participaron en los combates casi nunca; podían ser instructores, para lo cual no estaban calificados, salvo unos pocos, o hicieron organizaciones políticas paralelas que decían ser marxista-leninistas, pero conducían a ahondar las divisiones. Considero que la mayoría de estos males se deben a la falta de una selección previa; una buena educación desarrolla extraordinariamente a un individuo con una conciencia en despertar, pero a este tipo de revolucionario, domesticado y acomodaticio, lo único que se le desarrollaba, durante los meses de permanencia en los países socialistas, era la ambición de conseguir después un cargo de dirección en base a sus colosales conocimientos. Y, en el frente, una añoranza de los buenos días pasados en el extranjero.

Cabe plantearse, ¿qué queda después de nuestra derrota? Desde el punto de vista militar no es tan pavorosa la situación; cayeron los pequeños poblados dominados por nuestro ejército, pero a su alrededor siguen las tropas intactas; con menos parque, con pérdida de armas, pero en general indemnes. Los soldados enemigos no ocupan nada más que el territorio por donde pasan; eso es una gran verdad. Pero, desde el punto de vista político, quedan solo grupos dispersos, en continuo proceso de descomposición, de los cuales habrá que sacar un núcleo o varios que permitan, en el futuro, hacer surgir un ejército guerrillero. Hoy por hoy, quedan fuerzas en la zona de Fizi-Baraka, sin control de localidad alguna, ni control permanente de territorio; en Uvira, con el control de la carretera que va de Baraka a Bukavu —en un buen tramo— y más o menos organizadas hasta este momento; en Mukundi, donde está el compañero Muyumba con lo que puede ser el germen de una organización con sentido político de la lucha. En Kabimba, también quedan algunas tropas que tenían bastante buen armamento y en Kabambare y Kasengo deben subsistir núcleos en el monte, aunque nosotros no teníamos contactos con ellos desde tiempo atrás.

Es importante señalar que todos estos grupos tienen muy poco que ver entre sí, prácticamente no obedecen órdenes superiores y su horizonte no llega más allá de la zona donde están enclavados. Por todo ello, no constituyen los gérmenes del nuevo ejército, sino los restos del viejo. Puede haber en la zona entre 4 000 y 5 000 armas, distribuidas sin ton ni son en muchas manos individuales de campesinos, las que no serán fácilmente recuperadas, y se salvó algún armamento pesado cuya cantidad no puedo precisar hoy. Si surgiera un solo jefe con las características necesarias, en un solo punto, en poco tiempo el Frente Oriental tendría las mismas conquistas territoriales que había alcanzado hasta el momento de la derrota. Últimamente, ha surgido en la persona del ministro de Relaciones Exteriores del Consejo Supremo de la Revolución, Mbagira, que permanecía en Uvira, un competidor de Soumialot y Kabila, pero no podemos emitir ningún juicio concreto sobre él; serán los acontecimientos los que determinarán si realmente es un jefe con la capacidad que demanda el escenario del Congo.

¿Qué características tiene el enemigo? Hay que decir antes, a modo de explicación, que el antiguo ejército congolés había quedado como una herencia de la época colonial belga, mal instruido, sin cuadro de dirección,

sin espíritu de lucha y fue barrido por la ola revolucionaria; estaba desmoralizado hasta el extremo que se tomaban las ciudades sin combate (parece ser rigurosamente cierto que los *simbas* anunciaban por teléfono su intención de llegar a una ciudad y las tropas del gobierno se retiraban). Después pasa a manos de instructores norteamericanos y belgas y se ha hecho un cuerpo armado con características de un ejército regular, capaz de combatir sin ayuda, aunque en la última etapa de la lucha fueron auxiliados por mercenarios blancos. Está entrenado, tiene cuadros preparados y con disciplina. Los mercenarios blancos luchan eficientemente —mientras no son golpeados, por lo menos— y los negros luchan a su lado. Su armamento, en el momento actual, no es gran cosa; el arma más eficaz ha resultado ser las lanchas P.T., que han impedido el tránsito por el lago; su aviación, a la que me he referido, es anticuada y no muy eficaz y sus armas de infantería solo comenzaron a remozarse en el último minuto.

En general, el Ejército de Liberación tenía mejores armas de infantería que el ejército de Tshombe. Es algo inconcebible pero real; era una de las razones por las cuales los patriotas ni se preocupaban por ocupar las armas de los caídos y mantuvieron hacia este tipo de abastecimiento una indiferencia absoluta.

La táctica del enemigo era la habitual de este tipo de guerra; protección de aviación para ataques de columnas a centros poblados, patrullajes de las carreteras por la fuerza aérea, como guardiana, y, en el último momento, cuando ya se hizo patente la desmoralización de nuestro ejército, ataque directo a los reductos de la montaña mediante columnas que avanzaron sobre nuestras posiciones y las tomaron, si bien es cierto que sin lucha. Es un ejército que necesita ser golpeado para disminuirle su moral, lo cual, dadas las condiciones geográficas, puede ser realizado muy fácilmente procediendo con una táctica correcta.

Cabe hacer un análisis de nuestro grupo. La gran mayoría eran negros. Eso podía haber dado una nota simpática y de unidad con los congolese pero no fue así; en nuestro trato no se pudo apreciar que el ser negro o blanco influyera mucho en las relaciones; los congolese sabían distinguir las características personales de cada uno y solo en mi caso, a veces, tuve la sospecha de que algo influía mi condición de blanco. Lo cierto es que nuestros propios compañeros tenían una base cultural muy escasa y un

desarrollo político relativamente bajo también. Llegaron, como siempre sucede en estos casos, pletóricos de optimismo y buena voluntad, pensando hacer un paseo triunfal por el Congo. Hubo algunos que, antes de comenzar la lucha, se reunieron, comentando que Tatu estaba muy alejado de las cosas de la guerra, que no podía impedirles hacer una acción a fondo por timidez al apreciar la correlación de fuerzas; que íbamos a penetrar por una punta y salir por la otra. Estaba liberado el país; podíamos volver a La Habana.

Mi advertencia sobre la duración de la guerra fue siempre de tres a cinco años, pero nadie lo creyó; todos se inclinaban a soñar con el paseo triunfal, la despedida, probablemente con grandes discursos y grandes honores, las condecoraciones y La Habana. La realidad fue golpeando; faltó comida, hubo muchos días de yuca sola, sin sal, o de *bukali*, que es lo mismo; faltaron medicamentos, a veces ropa y zapatos y aquella identidad con que soñé, entre nuestra tropa de hombres experimentados, con una disciplina de ejército, y los congolese, no se realizó jamás.

Nunca hubo la integración necesaria y no se puede achacar al color de la piel; tan negros eran algunos que no podían distinguirse de los compañeros congolese, sin embargo, a uno de esos prietos oí decir: «Mándame dos negros de esos para acá»; dos congolese.

Los nuestros eran extranjeros, seres superiores, y lo hacían sentir con demasiada asiduidad. El congolés, sensible al extremo por los vejámenes sufridos a manos de los colonialistas, notaba ciertos gestos de desprecio en el trato de los cubanos y lo sentía en lo más hondo. Tampoco pude lograr que la comida se distribuyera en una forma totalmente justa y, aun cuando es necesario reconocer que, la mayoría de las veces quienes más cargados íbamos éramos los cubanos, siempre que se presentaba la oportunidad se hacía cargar a algún congolés, con cierta falta de sensibilidad. Es un poco difícil de explicar este contrasentido, pues se trata de interpretaciones subjetivas y de sutilezas, pero hay un simple hecho que puede arrojar alguna luz: no pude lograr que los congolese fueran llamados así; siempre fueron los «congos», apelativo que parece más simple y más íntimo, pero que portaba una buena dosis de veneno. Otra barrera real fue el idioma; difícil fue para una tropa como la nuestra, sumergida en la masa congolese, trabajar sin poseer su lengua. Algunos de los que convivieron desde el primer momento con los congolese aprendieron muy rápidamente a hablar y lo hacían de

corrido en el *swahili* básico, es decir, una media lengua, pero fueron pocos y siempre se corría el peligro de malas interpretaciones que agriaban nuestras relaciones o nos inducían a error.

He tratado de pintar el proceso de derrumbe de nuestra tropa en la forma que ocurrió; fue gradual pero no de un incremento incesante, sino que acumulaba material explosivo para descargarse en ocasiones de derrota. Momentos culminantes fueron: el fracaso de Front de Force; las sucesivas desertiones de los congolese en las emboscadas de Katenga, donde se sufrió mucho con las enfermedades; mi desastre personal con el cortejo del traslado del herido que se realizó con poca colaboración congolese; la desertión final de nuestros aliados. Cada uno de estos momentos señalaba una agudización de la desmoralización, del desgano de nuestra tropa.

Al final, ya había sido contagiada del espíritu del lago; querían volver a la Patria, soñaban con el retorno y se mostraban, en términos generales, incapaces de sacrificar la vida para que el grupo se salvara o la Revolución fuera adelante en su conjunto. Todos querían llegar al otro lado, a la salvación. La disciplina se había resquebrajado de tal modo que sucedieron episodios realmente grotescos, merecedores de que se aplicaran penas muy severas contra algunos combatientes.

Si hiciéramos lo que podríamos llamar un análisis imparcial, encontraríamos que la justificación cubana para la desmoralización era muy grande, extraordinariamente grande, y que hubo muchos compañeros que mantuvieron, si no el espíritu, la disciplina y la responsabilidad hasta el final; si he hecho más hincapié en las debilidades es porque considero que lo más importante de nuestra experiencia es el análisis del derrumbe. Este se produce bajo la acción de una serie concatenada de hechos adversos. El problema estriba en que las dificultades con que tuvimos que enfrentarnos van a ser difíciles de obviar en el inicio de las etapas próximas de la lucha en el África, pues son características de países con un grado de evolución muy pequeño. Uno de nuestros compañeros decía, en tono festivo, que en el Congo están dadas todas las anticondicionales para la Revolución; esta caricatura tiene algo de verdad si se le mira con el lente de una revolución madura, cristalizada, pero el magma del cual el artífice debe hacer surgir el espíritu revolucionario, presentaba características básicas muy semejantes a las del campesinado de la Sierra Maestra en las primeras etapas de la Revolución.

Nos interesa averiguar qué condiciones debemos exigirle a un militante para que pueda sobreponerse a los traumas violentos de una realidad adversa con la cual tendrá que enfrentarse. Creo que previamente deben pasar los candidatos por un proceso de selección muy riguroso, más un proceso de desengaño previo. Como he dicho antes, nadie creía el anuncio de que la Revolución precisaría tres a cinco años para imponerse; cuando la realidad lo demostró, sufrieron un gran derrumbe interior, el derrumbe de un sueño. Los militantes revolucionarios que vayan a pasar una experiencia parecida deben comenzar sin sueños, dejando todo lo que constituía su vida y sus afanes como perdido ya, y solo deben hacerlo aquellos con una entereza revolucionaria muy superior a lo normal —aun en un país revolucionario—, de una experiencia práctica ganada en la lucha, de un desarrollo político elevado y de una disciplina sólida. El proceso de incorporación debe ser gradual, a partir de un grupo pequeño pero acerado, para poder realizar la selección inmediata de los nuevos combatientes, expulsando a todo el que no cumpla las condiciones exigidas. Debe seguirse por lo tanto, una política de cuadros. En esa forma se podrá ir aumentando las dotaciones sin debilitar el núcleo e, incluso, crear nuevos cuadros del país dador en la zona insurreccional del país receptor; que no somos simples maestros, sino que asistimos a nuevas escuelas revolucionarias.

Otra dificultad que soportamos, a la que se debe prestar extraordinaria atención en el futuro, es la de la base de apoyo. Cantidades relativamente grandes de dinero desaparecieron en sus fauces insaciables, y cantidades infinitesimales de alimentos y equipos llegaron a las tropas en campaña. Primera condición, el mando debe ser indiscutible y absoluto en las zonas de operaciones, con controles rigurosos sobre la base de apoyo, descontando los controles naturales a ejercer desde los centros superiores de la Revolución, y la selección de hombres para cumplir esas tareas debe ser seriamente realizada mucho tiempo antes. Hay que ver lo que significa una cajetilla de cigarros para un individuo que está en una emboscada sin hacer nada durante 24 horas de un día, y hay que ver lo poco que significa en gastos las cien cajetillas diarias que pudieran fumarse, comparándolas con el costo de cosas innecesarias o perdidas inútilmente en el curso de la acción.

Me toca hacer el análisis más difícil; el de mi actuación personal. Profundizando hasta donde he sido capaz en el análisis autocrítico, llegué a

las siguientes conclusiones: desde el punto de vista de las relaciones con los mandos de la Revolución, me vi trabado por la forma un tanto anormal en que entré al Congo y no fui capaz de superar ese inconveniente. En mis reacciones fui disparejo; mantuve mucho tiempo una actitud que podría calificarse de excesivamente complaciente, y, a veces, tuve explosiones muy cortantes y muy hirientes, quizás por una característica innata en mí; el único sector con quien mantuve sin desmayos relaciones correctas, fue con los campesinos, pues estoy más habituado al lenguaje político, a la explicación directa y mediante el ejemplo, y creo que hubiera tenido éxito en este campo. No aprendí el *swahili* con la suficiente rapidez y con la suficiente profundidad; fue un defecto atribuible, en primera instancia, al conocimiento del francés, lo que me permitía comunicarme con los jefes, pero me alejaba de las bases. Faltó voluntad para realizar el esfuerzo necesario.

En cuanto al contacto con mis hombres, creo haber sido lo suficientemente sacrificado como para que nadie me imputara nada en el aspecto personal y físico, pero mis dos debilidades fundamentales estaban satisfechas en el Congo; el tabaco, que me faltó muy poco, y la lectura que siempre fue abundante.⁶⁴ La incomodidad de tener un par de botas rotas o una muda de ropa sucia o comer la misma pitanza que la tropa y vivir en las mismas condiciones, para mí, no significa sacrificio. Sobre todo, el hecho de retirarme a leer, huyendo de los problemas cotidianos, tendía a alejarme del contacto con los hombres, sin contar que hay ciertos aspectos de mi carácter que no hacen fácil el intimar. Fui duro, pero no creo haberlo sido excesivamente, ni injusto; utilicé métodos que no se usan en un ejército regular, como el de dejar sin comer; es el único eficaz que conozco en tiempos de guerrilla. Al principio quise aplicar coerciones morales y fracasé. Traté de que mi tropa tuviera el mismo punto de vista que yo en cuanto a la situación, y fracasé; no estaba preparada para mirar con optimismo un futuro que debía ser avizorado a través de brumas tan negras en el presente.

No me animé a exigir el sacrificio máximo en el momento decisivo. Fue una traba interna, psíquica. Para mí era muy fácil quedarme en el Congo; desde el punto de vista del amor propio de combatiente, era lo que cuadraba hacer; desde el punto de vista de mi actividad futura, si no lo que más convenía, era indiferente en el momento actual. Cuando sopesaba la decisión, jugaba en mi contra el que supiera lo fácil que resultaba el sacri-

ficio decisivo. Considero que debía haberme sobrepuesto en mi interior al lastre de ese análisis autocrítico e imponer a una determinada cantidad de combatientes el gesto final; pocos, pero debíamos habernos quedado. Además, no tuve el valor o la visión de romper las amarras de la costa e internarme con la tropa cubana, íntegra o depurada, a lugares donde no se hiciera presente la tentación perenne del lago y sus esperanzas de retorno ante cualquier fracaso.

Por último, pesó en mis relaciones con el personal en los últimos días —lo pude palpar bien aun cuando es completamente subjetivo—, la carta de despedida a Fidel. Esta provocó el que los compañeros vieran en mí, como hace muchos años, cuando empecé en la Sierra, un extranjero en contacto con cubanos; en aquel momento, el que estaba de llegada, ahora el que estaba de despedida. Había ciertas cosas comunes que ya no teníamos, ciertos anhelos comunes a los cuales tácita o explícitamente había renunciado y que son los más sagrados para cada hombre individualmente: su familia, su tierra, su medio. La carta que provocó tantos comentarios elogiosos en Cuba y fuera de ella, me separó de los combatientes.

Tal vez parezcan insólitas estas consideraciones psicológicas en el análisis de una lucha que tiene escala casi continental. Sigo fiel a mi concepto del núcleo; yo era el jefe de un grupo de cubanos, una compañía nada más; y mi función era la de ser su jefe real, su conductor a la victoria que impulsaría el desarrollo de un auténtico ejército popular, pero mi peculiar situación me convertía al mismo tiempo en soldado, representante de un poder extranjero, instructor de cubanos y congolese, estratega, político de alto vuelo en un escenario desconocido y un Catón-censor, repetitivo y machacón, en mis relaciones con los jefes de la Revolución. Al tirar de tantos hilos, se formó el nudo gordiano que no tuve decisión para cortar. Si hubiera sido más auténtico soldado hubiera podido tener más influencia en los demás aspectos de mis complejas relaciones. He narrado cómo llegué al extremo de cuidar el cuadro (mi preciosa persona) en los momentos de particular desastre en que me vi envuelto y cómo no me sobrepuse a condiciones subjetivas en el momento final.

He aprendido en el Congo; hay errores que no cometeré más, otros tal vez se repitan y cometa algunos nuevos. He salido con más fe que nunca en la lucha guerrillera, pero hemos fracasado. Mi responsabilidad es grande;

no olvidaré la derrota ni sus más preciosas enseñanzas. ¿Qué nos depara el futuro del Congo? Claro está que la victoria, pero está lejana.

La lucha de liberación contra los poderes coloniales de nuevo tipo debe ofrecer dificultades extremas en África. De hecho no hay ningún ejemplo que permita mostrar sus distintas fases hasta la victoria; la Guinea llamada Portuguesa es una demostración no acabada de una guerra del pueblo bien conducida pero contra el colonialismo. Argelia no debe considerarse como ejemplo útil para nuestras experiencias puesto que Francia había desarrollado formas neocoloniales que pudiéramos llamar típicas dentro de su opresión colonial.

El Congo es el escenario de la más cruel y enconada lucha de liberación, por tanto, el estudio de esta experiencia nos podrá dar útiles ideas para el futuro.

A diferencia de América Latina, donde el proceso de neocolonización se ha producido en medio de violentas luchas de clase y la burguesía autóctona ha participado en la lucha antiimperialista antes de su capitulación final, África ofrece la imagen de un proceso planificado por el imperialismo; muy pocos son los países que han obtenido su independencia en lucha armada, todo ha transcurrido con una suavidad de mecanismo aceitado, en su conjunto. Prácticamente solo el cono sur de África resta oficialmente colonizado y hay un clamor tan generalizado contra la permanencia de ese sector que hace preveer su rápida extinción, al menos en las colonias portuguesas. La Unión Surafricana presenta problemas diferentes.

En la lucha de la liberación africana, las etapas adelantadas del proceso serán parecidas a los modelos actuales de la lucha del pueblo. El problema radica en cómo implantarla sólidamente y es allí donde se plantean interrogantes que no estoy en capacidad de aclarar; quisiera solo dejar expuestos algunos puntos de vista, producto de mi débil y fragmentaria experiencia. Si la lucha de liberación puede tener éxito en las actuales condiciones de África es preciso actualizar algunos esquemas del análisis marxista.

¿Cuál es la contradicción principal de la época? Si esta fuera la de los países socialistas y los imperialistas o entre estos y sus clases obreras, el papel del llamado Tercer Mundo se vería muy disminuido; no obstante, hay cada vez más serias razones para considerar que la contradicción principal es entre naciones explotadoras y pueblos explotados. No estoy en condiciones

de iniciar aquí un intento de demostración de este hecho y de cómo no se opone a la caracterización de la época como de paso al socialismo. Esto nos llevaría por engorrosos caminos laterales y precisaría de abundantes datos y argumentaciones. Lo dejo como una suposición que la práctica indica.⁶⁵

De ser así, el África tendría un papel activo importante en la contradicción principal. Sin embargo, considerando el Tercer Mundo como actor en su conjunto de esa contradicción, en este momento histórico, hay gradaciones entre países y continentes. Podemos decir, haciendo un análisis somero, que América Latina en su conjunto ha llegado a un punto en el que la lucha de clases se agudiza y la burguesía nacional ha capitulado totalmente frente al poder imperialista de tal manera que su porvenir, a corto plazo histórico, es el de una lucha de liberación coronada por una revolución de tipo socialista.⁶⁶

En el Asia se asiste a este mismo proceso aunque el cuadro es mucho más complicado; hay países imperialistas colonizados, como el Japón; países socialistas de tanta importancia como China; y títeres del imperialismo tan grandes y peligrosos, por ciertas características de prestigio anterior, como la India; sin embargo, en los países que pudiéramos llamar tipo, en los que la guerra de liberación puede llegar, las burguesías nacionales no han agotado su papel como opositores del imperialismo, aunque es preciso considerar que se avanza rápidamente en ese sentido. Son países que acaban de lograr su liberación, no tienen esa libertad ficticia de que goza Latinoamérica desde hace más de 100 años y tardará un tiempo en hacerse visible la inevitabilidad de la Revolución.

En el África, y sobre todo en la parte llamada África negra, por el color de la piel de sus habitantes, se puede apreciar desde el comunismo primitivo, siguiendo una larga cadena hasta encontrar el proletariado en algunos puntos aislados en el mapa, y las burguesías en desarrollo. De acuerdo con el nuevo esquema de acción del imperialismo, no existe oposición de ningún tipo entre las burguesías nacionales y los poderes neocoloniales. Cada país aislado, al establecer su esquema de lucha de liberación, tiene que comenzar por considerar como sus enemigos a los imperialistas, a las capas en que se apoya su fuerza (como los ejércitos coloniales que han dejado y, más peligroso aún, la mentalidad colonial de los oficiales) y todos los nuevos ricos, los importadores e industriales que comienzan a nacer, pero aliado íntimamente al capital monopolista en forma de capitalismo burocrático.

En estas condiciones, la clase que lleva la lucha contra los poderes extranjeros es la pequeña burguesía. Pero, ¿qué es la pequeña burguesía de los países africanos? Es una capa que, después de servir al imperialismo o al neocolonialismo, se ha dado cuenta de ciertas limitaciones que se imponen a su desarrollo o a su dignidad humana. Esta clase envía a sus hijos a estudiar a los países coloniales más inteligentes, que dan más facilidades para ello, y, en esta nueva etapa, a los países socialistas. Evidentemente, como estrato dirigente de una lucha popular, es sumamente endeble. Están también los campesinos, divididos en el Congo, como ya he dicho, en una infinita variedad de agrupaciones tribales, mayores y menores, cuyos lazos se hacen más firmes a medida que se disminuye en la escala territorial; es decir, hay grandes agrupaciones, entre las que he conocido, Katanga y Kivu, con lazos de «nacionalidad»; dentro de ellas, grupos territoriales más compactos y pequeñas agrupaciones tribales formando aldeas.

La solidaridad entre aldeas del mismo grupo es muy grande, la solidaridad entre los miembros de la aldea más aún, pero con el marco restringido, al menos en nuestra zona, de la vida natural que he descrito. En otras regiones se ven obligados a recoger ciertos productos de la maravillosa naturaleza congoleesa para servir a los capitalistas, como el copal, los colmillos de elefantes, en una época pasada, la nuez de la palma de aceite, etc., y esto condiciona relaciones de otro tipo que no he examinado de cerca. Por otro lado, existen núcleos de proletariado desarrollado en los puntos donde la Unión Minière tuvo necesidad de realizar una parte de la transformación de su producto en el Congo. Al principio, estos obreros eran llevados a la fuerza, porque su medio primitivo, natural, no les exigía en absoluto ningún cambio en su vida; ahora parece que, a pesar de los salarios de hambre (considerados a la europea), este proletariado no es un factor de rebeldía. Quizás tenga añoranzas de su vida libre, pero ya ha sido ganado por esas pequeñas comodidades que da la civilización. Una vez más debo disculparme por la superficialidad del análisis, hecho a partir de experiencias prácticas fragmentarias y de conocimientos generales y pobres de la cuestión social del Congo.

En todo caso, ¿qué estrategia se debe seguir? Hay, evidentemente, puntos de conflicto en las ciudades; una inflación grande, una recolonización con discriminación marcada, ahora no solamente de negros por blancos, sino

también de negros pobres por negros ricos y ocurre, en cierto modo, una vuelta a la aldea de mucha gente que se había acercado a las luces de la ciudad. Esos descontentos pueden ocasionar motines aislados pero la única fuerza capaz de decidir es el ejército colonial, que cuenta con todas las prebendas y que interviene simplemente para asegurarlas o para desarrollarlas más.

Entre el campesinado la miseria es absoluta; pero es una miseria en la cual la historia no arroja un saldo más negativo ahora que hace 10 años, salvo en las zonas en guerra; el campesino no se siente inclinado a tomar las armas como una necesidad vital debido a condiciones de vida objetivamente declinantes. Y vale decir aquí que, para la real evaluación de las condiciones objetivas, interesa mucho menos el nivel de vida comparativo de un pueblo con respecto a otros que el nivel comparativo de ese pueblo con respecto a sí mismo. La miseria de nuestro campesino en América del Sur es auténtica con respecto a sí misma; aumenta la explotación, aumenta el hambre y la pobreza; en el Congo, en muchas regiones, presumiblemente no es así. Todo esto da una idea de lo difícil que es levantar el país en base a consignas de marcado carácter económico; ya me he referido a la principal de ellas en la guerra del pueblo: la tierra, la primera demanda que surge a los ojos. La palanca utilizada abundantemente es la de las relaciones tribales, pero con eso no se puede caminar muy lejos en una guerra de liberación. No puedo afirmar si es útil o necesario el apoyarse en ella en una primera etapa, lo evidente es que, si no se va hacia la destrucción del concepto tribal, no se puede avanzar. Mientras se mantenga, al tratar de realizar avances, el grupo tribal en evolución tendrá que chocar, no ya con el ejército opresor, sino con la tribu vecina. En el desarrollo de la lucha habrán de realizarse uniones de tribus para un objetivo común, por eso es tan importante buscar ese objetivo, y el partido o el hombre que lo simbolice.

Un factor muy importante en el desarrollo de la lucha es la universalidad que están adquiriendo los conceptos enfrentados; es evidente que el imperialismo obtiene un triunfo en cualquier lugar del mundo donde logre una regresión en las luchas populares y lo es, también, que sufre derrotas en cualquier lugar del mundo en que un gobierno auténticamente progresista suba al poder. No debemos considerar los países como cotos cerrados, al efecto de los análisis sociales; así como hoy podemos decir que América

Latina en su conjunto es un continente neocolonizado, en el que predominan las relaciones capitalistas de producción, a pesar de encontrar infinita cantidad de ejemplos de relaciones feudales, y donde la lucha se ha encarado con un claro sentido popular, antiimperialista, es decir anticapitalista, es, en último extremo, socialista; así también debemos aceptar en el Congo, o en cualquier país del África, la posibilidad del desarrollo de las nuevas ideas del mundo, que permitan vislumbrar algo enteramente nuevo, algo más allá del pequeño coto de caza, o de la región donde se cultivan los frutos de consumo directo. El impacto de las ideas socialistas debe llegar a las grandes masas de los países africanos, no como un trasplante, sino como una adaptación a las nuevas condiciones y ofreciendo una imagen concreta de mejoras sustanciales que puedan ser, si no palpadas, imaginadas claramente por los habitantes.

Para todo ello, sería ideal la organización de un partido de bases realmente nacionales, con prestigio en las masas, un partido con cuadros sólidos y desarrollados; ese partido no existe en el Congo. Todos los movimientos lumumbistas son estructuras verticales, con jefes de cierto desarrollo intelectual a la cabeza y totalmente copados por cuadros de la pequeña burguesía, claudicantes y acomodaticios.

En las condiciones del Congo, un partido nuevo, basado en las enseñanzas del marxismo y adaptado a estas nuevas condiciones, debe basarse, en un primer instante al menos, en figuras de prestigio, que sean reconocidas por su honestidad, por la representación real de la nueva nacionalidad congoleña, por su espíritu de sacrificio, por su capacidad de mando, su capacidad de aglutinación; esos hombres imaginarios serán el resultado de la lucha.

Hoy persiste el compañero Mulele, haciendo un trabajo subterráneo y desconocido para nosotros, pero también puede trabajarse en la zona oriental donde ha nacido esa base fundamental del ejército guerrillero que es la rebeldía del hombre contra la opresión, la experiencia con el arma de fuego, la convicción íntima de las posibilidades que brinda; pero es un pueblo sin fe en sus dirigentes, sin partido que lo dirija. De donde surge, como tarea fundamental en el momento actual, el desarrollo de un partido dirigente de la Revolución de ámbito nacional, con consignas engarzadas en el pueblo, con cuadros respetados; y para eso se necesita un equipo

dirigente de capacidad, de heroísmo y de visión. En etapas posteriores se realizaría la ligazón con los obreros; eso no quiere decir que neguemos la llamada alianza obrero-campesina; se efectuará en el primer momento como la alianza de un campesinado sumamente atrasado con la ideología del proletariado. Después, ese obrero industrial, privilegiado dentro de su explotación, en las condiciones actuales del Congo, cerrará filas con el movimiento guerrillero por la acción catalizadora de la propia acción armada; la propaganda armada en el sentido vietnamita debe constituir tarea fundamental en el desarrollo de todo el proceso.

Es preciso anotar una vez más: la guerra de guerrillas, la guerra del pueblo, es una lucha de masas; no podemos admitir la contraposición a veces establecida entre lucha de masas y guerra de guerrillas (es decir, de núcleos escogidos de combatientes armados); esa idea es falsa, tan falsa si se le considera desde el punto de vista de los seguidores dogmáticos de una estrategia general basada en el predominio de la clase obrera, como si se le considera, por parte de algunos guerrilleros, como un simple instrumento de lucha de los grupos más decididos para quitar el poder a los explotadores. La principal función de la guerra de guerrillas es la educación de las masas en sus posibilidades de triunfo, mostrándoles, al mismo tiempo, la posibilidad de un nuevo futuro y la necesidad de efectuar cambios para lograr ese futuro en el proceso de la lucha armada de todo el pueblo.⁶⁷

Será necesariamente una guerra prolongada, pero lo que nos interesa, no es el proceso que va a seguir después de estar firmemente asentada en zonas rurales y extenderse hacia nuevas zonas, provocando nuevas derrotas del enemigo; nos interesa saber cómo se puede desarrollar ahora. Porque estamos en un momento de regresión y de derrota pero están dadas, en esta zona del Congo, las condiciones fundamentales para la lucha armada: un campesinado que conoce la rebeldía; que ha sido derrotado, maltratado y vejado, pero conoce la rebeldía; ha hecho la experiencia de la lucha armada, tiene armas; ha vivido la guerra.

Hoy está dividido en grupos autónomos con jefes locales, sin visión de un Congo unificado, sin siquiera la visión de un Congo como nación; para ellos, su nación abarca las tribus que la rodean. Por eso es tan importante organizar un núcleo (aunque sea uno solo, pero de acero) con los mejores combatientes, considerando que no se debe aumentar en un solo hombre la

guerrilla si no hay un aporte cualitativo con su incorporación. Sobre esa base, con los dirigentes de la guerra en el territorio que va a ocupar la guerrilla, empezar a crecer educando a un pueblo que debe pasar como torbellino por las etapas históricas mediante el ejercicio de la lucha revolucionaria. De ese primitivismo actual, cercano, en algunos casos, al comunismo primitivo, al esclavismo o al feudalismo, tiene que pasar a las concepciones más avanzadas. Debe irse armando ese pueblo poco a poco, con recursos propios en lo fundamental. El propio esfuerzo es el que permite educarlo. Que cada arma sea un premio al combatiente y que este realice todas las tareas necesarias para el mantenimiento del ejército del pueblo como requisito insoslayable a recibirla; que el arma sea la confirmación de su estado de gracia de combatiente del pueblo. Claro que para toda esta tarea paciente y gigantesca debemos empezar por barrer los cuadros actuales; no considerarlos, simplemente, y comenzar con el núcleo, tan pequeño como sea necesario, tan grande como sea posible. Así surgirán los nuevos cuadros de dirección, puliéndose mediante el sacrificio y el combate y soportando la rigurosa selección de la muerte en el campo de batalla.

Dadas las condiciones, es imprescindible que surja el dirigente que vea más allá, el dirigente sacrificado y de prestigio que, en el interior del país, sea actor en el desarrollo impetuoso de las condiciones revolucionarias. Este gran proceso de lucha debe crear simultáneamente al soldado, al cuadro y al dirigente; porque en el sentido estricto de la palabra nada de eso tenemos hoy. La lucha debe llevarse del campo a los pueblos y luego a las ciudades, primero en pequeños grupos que no demanden una defensa rígida de territorio, mejorando la técnica de concentraciones y desconcentraciones rápidas y con un aprendizaje metódico de la técnica militar moderna y de la técnica guerrillera; sembrando continuamente la semilla revolucionaria, sembrando ejemplos. Ese es el camino del triunfo. Cuanto más rápido surjan los dirigentes sacrificados y capaces que puedan dirigir a su vez, cuadros de dirección media, sacrificados y capaces, orientando el desarrollo del ejército del pueblo sobre la base de un campesinado rebelde en esencia, más rápido llegará la victoria.

Se plantean problemas de extraordinaria envergadura; necesitamos recurrir a la teoría y a la práctica revolucionaria, estudiar con seriedad los métodos a emplear, buscar los más adecuados para engarzar al campesinado

en el ejército del pueblo y hacer una sola fuerza de todo ese conjunto. Comenzará entonces una etapa larga pero cualitativamente irreversible de guerra prolongada, mediante la cual se irán ganando otras capas en regiones apartadas y se irá incorporando el proletariado de las zonas industriales del Congo. El tiempo no se puede precisar; se puede hacer, eso es todo. Tenemos auxiliares valiosos; las condiciones actuales de la humanidad, el desarrollo de las ideas socialistas, la crueldad de un enemigo que ofrece siempre la contravisión negativa a las esperanzas puestas en el ejército del pueblo; pasados los años, llegará la victoria.

Creo que el África es importante para el imperialismo, norteamericano sobre todo, como reserva. Cuando la guerra del pueblo se desarrolle en toda su magnitud en las regiones de América Latina, será difícil para él seguir aprovechando en la misma medida las grandes riquezas naturales y los mercados que son el asiento de su fuerza; pero, si existe un África que desarrolla su neocolonialismo tranquilamente, sin grandes conmociones, podrá trasladar sus inversiones hacia aquí —como lo hace ya—, para sobrevivir, puesto que este continente inmenso y riquísimo está prácticamente sin explotar por el imperialismo.

En el marco de una lucha de características mundiales, la estrategia para el África es impedir que las bases de reserva del imperialismo permanezcan quietas, y por eso cada pueblo debe impulsar al máximo su lucha por la liberación auténtica, como parte de su obligación dentro de la gran lucha de los pueblos del mundo, y es nuestra obligación apoyar consecuentemente a los movimientos que ofrezcan esperanzas de una real y seria movilización hacia la victoria.⁶⁸

¿Cuál será nuestra participación en todo esto? Quizás enviar un núcleo de cuadros elegidos entre algunos de los que ya tienen la experiencia congoleña y no hayan pasado por el proceso de derrumbe que he narrado; dar una ayuda en armas, si los aliados lo permiten; tal vez financiera, además del entrenamiento de cuadros. Pero tenemos que cambiar uno de los conceptos que ha guiado nuestra estrategia revolucionaria hasta hoy: se habla de ayuda incondicional y eso es una equivocación. Cuando se ayuda se toma una posición y esa posición se toma en base de determinados análisis sobre la lealtad y la efectividad de un movimiento revolucionario en la lucha contra el imperialismo, en la lucha por la liberación de un país;

para asegurar ese análisis debemos conocer y, para ello, intervenir más dentro de los movimientos. La ayuda debe ser condicionada, si no corremos el peligro de que se transforme en todo lo contrario de lo que deseamos; en dinero para vacaciones principescas de los Señores de la Revolución, de los *Freedom Fighters* que sacrifican y venden sus pueblos y que atrasan el desarrollo revolucionario. Es decir, nos convertiremos también en aliados del imperialismo. Porque (estoy seguro de que si el imperialismo no lo practica aún, lo hará en el futuro) no hay nada más barato para él que tirar unos miles de dólares en el tapete de una mesa de conferencias de los movimientos de liberación que hay en el África; el reparto provocará más disturbios, divisiones y derrotas que un ejército en el campo de batalla.

Debemos extraer consecuencias de estos hechos objetivos, palpables, y condicionar la ayuda a la línea de conducta revolucionaria de los movimientos y sus dirigentes. Suplantar el colonialismo por el neocolonialismo o los neocolonialistas por otros, aparentemente menos malos, no es una correcta estrategia revolucionaria.

Por último, si se me preguntara si hay alguna figura en el Congo a quien considerara con posibilidad de ser un dirigente nacional, no podría contestar afirmativamente, dejando de lado a Mulele, a quien no conozco. El único hombre que tiene auténticas condiciones de dirigente de masas, me parece que es Kabila. En mi criterio, un revolucionario de completa pureza, si no tiene ciertas condiciones de conductor, no puede dirigir una Revolución, pero un hombre que tenga condiciones de dirigente no puede, por ese solo mérito, llevar una Revolución adelante. Es preciso tener seriedad revolucionaria, una ideología que guíe la acción, un espíritu de sacrificio que acompañe sus actos. Hasta ahora, Kabila no ha demostrado poseer nada de eso. Es joven y pudiera ser que cambiara pero, me animo a dejar en un papel que verá la luz dentro de muchos años, mis dudas muy grandes de que pueda superar sus defectos en el medio en que actúa. Los otros dirigentes conocidos serán casi todos barridos por los hechos. Los nuevos, probablemente estén hoy en el interior, empezando a escribir la verdadera historia de la liberación del Congo.

Enero de 1966